

# RECORDANDO A ALFREDO ZALCE

Alonso Aguilar Monteverde

**Comenzaré** este artículo con una obligada aclaración. Yo no soy artista ni crítico de arte, sino una persona que desde hace mucho tiempo trabaja en el campo de la economía y de las ciencias sociales en general, y que carece de conocimientos y autoridad para evaluar la rica obra plástica de Alfredo Zalce. Pero más que referirme a su trabajo profesional, recordaré aquí al ser humano, al amigo de muchos años y a quien, en vez de refugiarse en la soledad de un artista, mostró siempre capacidad de comunicación e interés en vincularse a otros esfuerzos y apoyar demandas populares y posiciones progresistas y revolucionarias. Bastaría recordar que ya en los años treinta participa en la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), que cobra fuerza bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas, en la que conoce a otros artistas e intelectuales, entre los que podría mencionarse al compositor mexicano Silvestre Revueltas, al escritor cubano Juan Marinello y al guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, que residió en México muchos años. Zalce es además uno de los fundadores del Taller de Gráfica Popular, creado en los años cuarenta como “centro de trabajo colectivo” que se proponía ayudar “al pueblo mexicano a defender y enriquecer la cultura nacional, su independencia, su libertad y la paz.” El Taller ofrecía “prestar su cooperación profesional a otras instituciones culturales, organizaciones de trabajadores y a todos los movimientos progresistas...” y se comprometía a “defender la libertad de expresión, en todas sus manifestaciones...”

Del paso de Alfredo Zalce por el Taller de Gráfica Popular quedaron numerosos grabados, en los que combate la represión porfirista, recuerda la salida de México del dictador Porfirio Díaz en el “Ipiranga”, se solidariza con Zapata, Villa, Belisario Domínguez y otros revolucionarios que se oponen a la traición y el crimen de Victoriano Huerta, y al imperialismo, sobre todo de Estados Unidos; critica asimismo la rebelión de Saturnino Cedillo contra el gobierno de Lázaro Cárdenas, y en un grabado, con Leopoldo Méndez, se ocupa de porqué, en 1936, el gobierno de Cárdenas resuelve deportar al general Calles. Con Zalce, en el Taller participan numerosos artistas plásticos, entre otros, Ignacio Aguirre, Luis Arenal, Alberto Beltrán, Ángel Bracho, Fernando Castro Pacheco,

Elizabeth Catlett, Arturo García Bustos, Elena Huerta, Sarah Jiménez, Leopoldo Méndez, Francisco Mora, Pablo O’Higgins y Adolfo Quinteros. En años posteriores Zalce participa en otros esfuerzos y siempre actúa con sencillez y entusiasmo, y mantiene, a la vez, una ejemplar disciplina.

Yo conozco a Alfredo Zalce y a otros artistas a principios de 1947; lo hago porque, preocupados por el rumbo del gobierno de Miguel Alemán, desde que éste toma posesión de la Presidencia de la República, varios compañeros pensamos que valdría la pena invitar a algunas personas progresistas a cambiar impresiones y examinar con ellas lo que podíamos hacer para oponernos a la derechización que la política del nuevo gobierno anunciaba. Esa política se había iniciado, en realidad, bajo el gobierno de Ávila Camacho —el que siguió al de Cárdenas—, y de ella nos pareció peligrosa e inaceptable la reforma —de hecho, contrarreforma— que, en diciembre de 1946, el gobierno alemán hizo del artículo 27 constitucional, que consistió fundamentalmente en convertir extensiones de tierras de riego de 100, 200 y aun 300 hectáreas, que la legislación secundaria consideraba temporalmente inafectables, en “pequeñas propiedades” intocables, consagradas en la Constitución, y en restablecer que los latifundistas podrían de nuevo recurrir al amparo para impedir que sus propiedades fuesen afectadas por la reforma agraria.

Cuando se promulgó dicha reforma, que Narciso Bassols fue probablemente el primer mexicano en objetar, tomamos la decisión de reunirnos con otras personas para considerar lo que podíamos hacer. Pensamos entonces en algunos dirigentes sindicales y políticos, pero advertimos que había discrepancias entre ellos y que incluso en organizaciones importantes de izquierda se hacía una propaganda oportunista a favor de Alemán. A la postre se convino en que inicialmente invitáramos a varios pintores, entre los que figuraban Alfredo Zalce, Ignacio Aguirre, Pablo O’Higgins, Julio de la Fuente, Francisco Mora y otros. Charlamos con ellos y se acordó que nos mantuviéramos en contacto, que siguiéramos de cerca lo que hiciera el gobierno y que continuáramos lo apenas iniciado, invitando a otros mexicanos. En las semanas siguientes, con la ayuda del maestro Narciso Bassols, cambiamos impresiones con

Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Víctor Manuel Villaseñor y otras personas, y posteriormente, con Leopoldo Méndez, Fernando Castro Pacheco, Arturo García Bustos, José Chávez Morado y algunos más. Alfredo Zalce, Ignacio Aguirre y Pablo O'Higgins, que entonces eran inseparables y a menudo trabajaban conjuntamente, se reunieron también con otras personas y yo los vi en varias ocasiones con elementos progresistas ligados a diversos sectores.

En una reunión, probablemente en marzo o abril de 1947, Alfredo y Frances, su esposa, nos invitaron a Stella, mi esposa, y a mí a cenar, ocasión en que estuvieron también Elizabeth Catlett y Pancho Mora. Las dos parejas vivían en modestos departamentos en la calle de Pino, cercana a la estación ferroviaria de Buena Vista. Charlamos un rato, preocupados por la dirección que tomaba el alemanismo y porque en el Partido Comunista y otras organizaciones de izquierda se elogiaba a Miguel Alemán y se hacía una extraña propaganda a su favor. En un momento dado interrumpimos la conversación y le pedimos a Alfredo que nos mostrara algo de lo que hacía y, con su habitual sencillez y modestia, nos dijo que en realidad, por tener que atender varios pequeños asuntos, esos días sólo había prestado atención a algunos grabados y litografías, y nos mostró uno de ellos, por cierto excelente, que se ha reproducido en múltiples países, en el que dos hombres del pueblo —que parecen campesinos— llevan entre sus brazos a un tercero —el de en medio— que da la impresión de estar herido y necesitar del apoyo de sus compañeros.

Después de hacer algunos breves comentarios sobre el grabado, Alfredo dijo que era similar a otros y que probablemente no tenía nada especial, salvo acaso el papel, que él había hecho, por lo que tenía curiosidad por saber si resistía la prueba. En seguida tomó el grabado y amablemente nos lo regaló a Stella y a mí, y añadió: “usted me dirá si el papel se portó bien”. Ahora yo podría decir que se portó tan bien que han pasado 59 años desde entonces, y el grabado y el papel siguen perfectos.

A partir de entonces nos vimos con frecuencia, sobre todo mientras Zalce vivía en la ciudad de México. Cuando se fue a vivir a Morelia, lo vimos mucho menos, en realidad, sólo cuando íbamos a Michoacán o él venía a la capital. Cuando venía de prisa a veces no nos enterábamos y sólo recibíamos un saludo de él, casi siempre a través de Nacho Aguirre, en cuyo departamento solía quedarse durante sus breves estancias en la ciudad de México, y a veces de Pablo O'Higgins. En 1950, los tres realizaron juntos en la escuela rural de un pueblo de Michoacán el mural titulado *Éxodo de la Población de la región del Parícutín*.

Por conducto de Nacho Aguirre nos reunimos varias veces con Alfredo y conocimos a la inteligente y creativa Anna Sokolov, por algunos años bailarina y después coreógrafa,



*México se transforma en una gran ciudad...*

quien por ese entonces era su compañera, y con frecuencia los vimos tanto en México como en Nueva York. Recuerdo que estando alguna vez en esta última ciudad, en un crudo invierno en los años cincuenta, Anna nos invitó a cenar y también estuvo el cuentista Juan de la Cabada, quien se quejaba del intenso frío y nos decía que, además de conseguir un abrigo grueso, se quedaba durante el día con la pijama bajo el traje. Y nos cayó en gracia saber que después de varios meses en Nueva York, las autoridades norteamericanas no sabían cómo había entrado Juan a Estados Unidos, pues no gustándole los trámites burocráticos, había viajado al país vecino sin visa y al parecer incluso sin pasaporte.

Cuando Alfredo vivía en la capital todavía, se interesó en hacer un dibujo del rostro de Stella. Lo hizo a fines de los años cuarenta y después pasó mucho tiempo sin que supiéramos si lo había terminado. Pues bien, unos veinte años más tarde nos visitó Nacho Aguirre en casa y nos dijo que Alfredo había pasado unos días con él, y que había recordado que lo que primero fue un dibujo, posteriormente se convirtió en pintura; que la había traído de Morelia porque quería regalársela a Stella; pero que le faltaba marco, y según Nacho, Zalce y él se encargaron de buscar el marco, que a la postre ellos mismos hicieron, por cierto muy bien. Así que durante unos 35 años hemos conservado ese cuadro, que mucho apreciamos. Varias otras veces Alfredo nos regaló litografías y grabados. Recuerdo, por ejemplo, aparte del ya mencionado, el de una mujer maya, de los que hizo en un viaje a Yucatán, otro que él llamó “México se transforma en una gran ciudad”, y hace pocos años, otro más titulado “Lectora”. Unos años después, mis hijos, Stella y yo compramos a Alfredo tres pequeñas e interesantes pinturas que también conservamos.

En 1962, cuando ya vivía en Morelia, Alfredo Zalce presentó una exposición de su trabajo de 30 años en el Palacio de Bellas Artes que mucho disfrutamos, porque era

en realidad muy rica, y nos dio gusto saludarlo. Y fue a partir de entonces cuando, no obstante no verlo tan a menudo como antes, contamos siempre con su valiosa cooperación. En los años ochenta, época en la que lo veíamos principalmente cuando íbamos a Morelia, cayó por casa un día. Como otras veces, conversamos un buen rato, nos contó de lo que entonces hacía, y quería saber de nuestro trabajo. Y antes de despedirse, me dio una publicación de la UNAM, titulada *Alfredo Zalce. Un arte propio*, y al dárme-la escribió: "Para Alonso, por nuestra vieja amistad, Alfredo". Bertha Taracena presenta dicha publicación, que contiene nada menos que 77 reproducciones de algunos de los numerosos dibujos, grabados y litografías de Zalce.

Mencionaré algunos de los esfuerzos en los que, de un modo u otro, siempre aceptó participar. A principios de los años sesenta, varios centenares de personas creamos el Movimiento de Liberación Nacional. No recuerdo si Alfredo fue formalmente uno de sus miembros, lo que sí tengo presente es que una ocasión en que nos vimos en Morelia se mostró interesado en saber lo que se proyectaba hacer, y me dijo que si en algo podía ayudar, contáramos con él. Unos años más tarde, cuando se creó la Editorial Nuestro Tiempo, a fines de 1966, nos regaló un grabado que aparece en la portada de uno de nuestros primeros libros, y aceptó ser socio de la Editorial, en la que hizo una pequeña inversión que mantuvo durante los muchos años —más de 35— que funcionó Nuestro Tiempo.

En 1968 invitamos a Alfredo a suscribir varios textos en apoyo de la lucha de los estudiantes, y aceptó hacerlo, lo que también hicieron otros artistas e intelectuales. Los compañeros que dirigíamos la Editorial Nuestro Tiempo quisimos dejar constancia de nuestra solidaridad con el movimiento estudiantil. Para ello, publicamos algunos desplegados en periódicos de amplia circulación, y Alfredo

Zalce los suscribió en diversas ocasiones; por cierto, también acogieron con interés nuestra invitación otros artistas, como Ignacio Aguirre, David Alfaro Siqueiros, Federico Canessi, Oscar Frijas, Emilio González Taven, Arturo García Bustos, Rina Lazo, Francisco Mora, Susana Neve, Mario Orozco Rivera, Ángel Pichardo, Fanny Rabel y Efraín Vargas. Alfredo también participó activamente en el apoyo ciudadano a la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la presidencia de la República, en 1988, y años después, hasta su muerte, fue miembro de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA-México), en la que actuó como un consecuente latinoamericanista.

Por lo menos una decena de veces lo vimos en su casa y taller de Morelia. Charlamos con calma, comimos juntos, nos pusimos al día sobre su trabajo y volvimos a ver sus murales en el Palacio de Gobierno y en el Museo de Morelia, así como varias obras nuevas que nos impresionaron. Sólo una de las últimas veces que lo visitamos se excusó por no poder mostrarnos lo que había hecho más recientemente, ya que los interesados habían recogido todo lo que compraron y no tenía ninguna. Recuerdo que comentó que había trabajado bastante, y se quejó de quienes habían comprado algunas de sus obras, porque lo presionaron para que no se demorara su entrega. Y agregó: "ya les he dicho a varios que, en adelante, el que me presione no recibirá lo que le interese ni antes ni después. Así podré al menos trabajar con cierta holgura".

Cuando creamos la Editorial Nuestro Tiempo conocí al doctor Horacio Zalce, distinguido cirujano, maestro universitario y hermano de Alfredo, a quien el doctor Guillermo Montañón invitó. Pronto hicimos amistad, y él solía comentar que el acercamiento a la Editorial había cambiado su vida. El doctor Zalce venía a nuestra casa con frecuencia, y a menudo, también, mi esposa y yo íbamos a comer o a tomar un café con él y su familia. En



Ventana con perico



Vendedora de pescado

una ocasión, viendo algunos cuadros de Alfredo, Horacio comentó: cuando yo falte, una de estas pinturas será para usted. Y yo le dije: déjese de cosas, en primer lugar usted goza de buena salud y seguramente seguirá mucho tiempo con nosotros, y cuando falte, las pinturas de Alfredo debieran seguir aquí. Pero tiempo más tarde Horacio falleció, y su hija Marcela nos llamó por teléfono y nos informó que su padre había resuelto que la pintura titulada “El patio” se nos entregara, encargo que ella quería cumplir. Desde entonces, esa pintura está en nuestra casa.

En estas páginas he querido recordar principalmente al tipo de ser humano, al amigo y al artista siempre dispuesto a apoyar luchas populares que fue Alfredo Zalce; pero la faceta de su personalidad que más se conoce y respeta es la de pintor y grabador, por lo que recogeré a continuación algunas opiniones de quienes tienen autoridad para expresarlas.

Hace años, en una reunión, alguien preguntó a Diego Rivera qué pensaba de la generación de pintores mexicanos posteriores a él, Orozco, Siqueiros y otros; y Rivera respondió: “Entre ellos hay sin duda algunos muy buenos pintores, como Alfredo Zalce”. Y así pensaban otros distinguidos intelectuales, artistas y críticos de arte que conocieron su obra de cerca. Xavier Villaurrutia, por ejemplo, escribe en 1931: “Una respiración lineal precisa, una sangre color de poesía, son dones visibles de este joven dibujante Alfredo Zalce... en sus litografías (aparece) una vena de agua en la aridez de un desierto”.<sup>1</sup> Justino Fernández, a su vez, dice en *Arte Moderno y Contemporáneo de México*: “Uno de los artistas más finos es Alfredo Zalce, su interés en la litografía y el grabado ha producido los mejores resultados, en este campo y por su gran capacidad de dibujante, su obra es excepcional... (y) la calidad de su arte es de primer orden.”

“Podemos resumir la pasión de Zalce en tres bellas palabras: belleza, servicio y libertad”, expresa el pintor José Chávez Morado en una exposición de Alfredo Zalce en el Palacio de Bellas Artes, en 1962. En 1981, escribe Bertha Taracena: “La visión panorámica de la obra de Zalce, desde 1930 a 1980, revela en cada una de sus etapas principales, un empleo distinto de los medios de expresión, una composición diferente y variada, y un ritmo cromático renovado y deslumbrante. En cada caso tiene que equilibrar de modo distinto los contrastes de quietud y movimiento, tan suyos, y las claridades y las obscuridades, que van haciendo a los grandes aportadores del siglo XX, en la plástica mexicana.”<sup>2</sup>

En ese mismo año, el crítico Antonio Rodríguez dice, a su vez: “Sus litografías se cuentan entre las más bellas y finas



Patio

que en esa época se realizaron en México... Soberbias son, igualmente las agua fuertes donde (diversos elementos) elevan el conjunto al nivel de obras maestras.” Y el pintor guatemalteco Carlos Mérida, comenta en un artículo publicado en 1946, en la *Revista de Guatemala*: “En México todos estimamos altamente la obra de Alfredo Zalce... Es difícil encontrar quien posea en América esa gracia, esa soltura, esa sensibilidad para dibujar. En este campo, Zalce no tiene paralelo. Dibuja siempre... con acuciosidad y primor que llega a veces hasta lo increíble.”

Alfredo Zalce fue, en más de un aspecto, un mexicano excepcional. Por eso considero un privilegio haberlo conocido y mantener con él una larga, estrecha y fraternal amistad. ☐

**Alonso Aguilar Monteverde.** Economista mexicano, fue profesor de la Facultad de Economía e investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha participado en múltiples foros y congresos en su país y el extranjero y fue tres veces jurado del Premio Casa de las Américas. Es autor de numerosos libros, entre los que pueden citarse *Dialéctica de la economía mexicana*, *Teoría y política del desarrollo latinoamericano* y, más recientemente, *Globalización y capitalismo*. Es miembro del Consejo Coordinador de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA-México) y del Concepto Editorial de *ArchiPiéLago*.

<sup>1</sup> *Contemporáneo*, No. 36. Citado en Alfredo Zalce, *Un arte propio*, p. 77, UNAM.

<sup>2</sup> *Revista Tiempo*, México, 27 de abril de 1981.